

«tutto considerato sarebbe anche bello dover rifare tutto da capo»
(Mario Alinei)

INDOEUROPEO: UNA LENGUA PARA CAZADORES Y RECOLECTRICES*

El datar la comunidad lingüística indoeuropea en una u otra época no representa un mero ejercicio de números, ya que, dependiendo de si aceptamos que los primitivos indoeuropeos eran sólo agricultores o fueron también —y fueron antes— cazadores y recolectrices, nos enfrentaríamos a muy distintas culturas y mentalidades. Aquí intentaremos presentar algunos —sólo algunos— de los rasgos lingüísticos indoeuropeos que, en nuestra opinión, resultarían especialmente congruentes con las lenguas de los cazadores y recolectrices (y con frecuencia sólo congruentes con ellas), tal como están históricamente documentadas o tal como en la actualidad resultarían reconstruibles sin mayor dificultad. Se parte, pues, de la premisa de que la analogía con las documentadas lenguas de cazadores y recolectrices debe resultar significativa o al menos ilustrativa. La eventual congruencia entre estas lenguas y el reconstruido indoeuropeo debería, por tanto, ser considerado un argumento adicional en favor de un origen paleolítico para la fase de comunidad lingüística indoeuropea, dado que precisamente la época paleolítica es la propia de los cazadores y recolectrices de Eurasia. Se trata, en definitiva, de comprobar si determinados aspectos lingüísticos bien reconstruibles para las hablas indoeuropeas comunes y habitualmente considerados como singularidades extrañas o inexplicables resultarían, en cambio, ahora explicables desde esta nueva, más antigua y primitiva perspectiva.

Elementos de congruencia fonológica

Comencemos con algunos aspectos fonológicos que son precisamente los que nos condujeron hace unos años a convencernos de que tanto sincrónica cuanto diacrónicamente la reconstrucción tradicional de la fonología indoeuropea era totalmente inverosímil desde una perspectiva tipológica, teniendo, pues, muy especialmente en cuenta el requisito de su plausibilidad diacrónica, como en términos generales propone ROSS (1999: 139): «it is not enough for a reconstructed phonology to be plausible. The changes which derive the attested daughter systems from the reconstructed system must also be plausible, falling within the limits defined by diachronic typology», y ello precisamente cuando «in phonology reconstructive plausibility looms much larger than it does in morphosyntax, because phonological systems are closed and constraints on their structure are more readily identified» (Ross 1999: 139).

Así propusimos entonces que el conjunto de hablas indoeuropeas comunes debía de contar con tres fonemas vocálicos /a i u/ y la casi universal serie de

* Ponencia presentada el 31 de marzo del 2004 en el *IV Seminario de Filología Clásica* organizado por la Delegación en Oviedo de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y celebrado en el Salón de Grados del Departamento de Filología Clásica y Románica de la Universidad de Oviedo.

consonantes /p t k m n s/ y las también muy comunes /b d g l r x/. Nótese que aquí no hay nada comparable a laringales que *colorean*, glotalizadas, velares labializadas, velares palatalizadas o velares de *explosión (sic)* silbante. Categóricamente debe afirmarse que simplemente no están documentadas en lengua alguna conocida fonas como [e/o], [H¹ H² H³] etc. Incluso algunos elementos a veces propuestos, como las laringales con apéndice (*sic*), parecen anatómicamente imposibles. Tampoco, por otra parte, dejaría de resultar un extraordinario capricho del azar el hecho de que la única lengua indoeuropea documentada con consonantes glotalizadas, el osetio, las posea sin duda como xenofonemas tomados de las contiguas lenguas caucásicas. Supuestamente, pues, todas las otras lenguas indoeuropeas las habrían perdido antes de verse documentadas históricamente ¡Extraordinarias coincidencias!

Llegamos así, en fin, a la conclusión de que el indoeuropeo común debería de ser de datación mucho más antigua de la tradicionalmente propuesta, ya que en toda evidencia se necesitaría más tiempo para explicar —y explicar en términos aceptables de verosimilitud tipológica— las evoluciones fonológicas desde el supergrupo lingüístico indoeuropeo hasta cada grupo o subgrupo individuales.

Además, resulta evidente que el tradicional modelo histórico-comparativo de la Lingüística Indoeuropea imponía una uniformidad en las reconstrucciones lingüísticas que no se corresponde con la realidad observable. Ya BLOOMFIELD (1933: 318): «The comparative method can work only on the assumption of a uniform parent language, but the incommensurable forms [...] show us that this assumption is not justified». Nótese, pues, que aquí empleamos, pues, el término *indoeuropeo común* o simplemente *indoeuropeo* (así en lo sucesivo) como una elipsis económica para lo que en realidad debió de ser una concatenación de hablas indoeuropeas nunca totalmente uniformes.

Algunas cuestiones morfológicas

Examinemos ahora tres *misterios* morfológicos de la Lingüística indoeuropea clásica a fin de comprobar si la propuesta de un origen paleolítico puede ofrecer una explicación más satisfactoria a estas cuestiones o al menos y por fin alguna explicación.

De la animancia al sexo

Aunque la mayoría de las lenguas históricas indoeuropeas presenta un género gramatical donde el masculino se opone al femenino y al neutro, hay acuerdo prácticamente unánime en que tal tipo de discriminación es reciente, ya que el indoeuropeo debía de disponer de un *genus* gramatical donde la distinción se producía por discriminación entre entidades animadas (reconocibles por una desinencia singular –s pervivida en los nominativos históricos frente a un distinto acusativo) e inanimadas. No obstante, hasta ahora han quedado sin explicación las cuestiones de por qué se generó el sistema original, y de por qué este fue —y tan frecuentemente— abandonado en beneficio de un nuevo sistema. Al respecto no podemos por menos que indicar la obviedad de que, mientras que una distinción entre masculino y femenino, entre macho y hembra, respondería a típicas necesidades de adaptación a su entorno para pastores y agricultores, una distinción entre animados e inanimados, entre animancia e

inanimancia, resulta ser un típico producto de la mentalidad de cazadores tal como los conocemos históricamente, ya que de modo general el animismo es una de sus características más prominentes.

Pues bien, probablemente tal era asimismo el caso de aquellas comunidades de cazadores sobre los que sólo poseemos información [pro]histórica y, por supuesto, parece muy bien el caso de los cazadores europeos del Paleolítico Superior. Así pues, ambas situaciones se dejarían proyectar perfectamente en una secuencia temporal: el viejo sistema de animancia es abandonado cuando la cultura paleolítica queda superada y lo antiguo es reemplazado por lo nuevo en conformidad con las necesidades del ganadero-agricultor. De hecho, una relación entre agricultura y un género con masculino frente a femenino fuera ya propuesta por SCHMIDT (1929: 534). En todo caso, la morfologización de la animancia —sea en el género o en cualquier otra categoría— es típica para las lenguas de culturas preagropecuarias.

Encontramos morfologización de la animancia, por ejemplo, en las clases nominales del quisi (Childs 1995: 148) o de las lenguas bantúes. En las lenguas joisanas no joes (*Non-Khoe Khoisan*) el sexo natural no desempeña ningún papel gramatical, pero la animancia establece una suerte de substancia semántica para una clase dada (Güldemann & Vossen 2000: 111). Aunque el quilivila dispone de casi 200 partículas clasificatorias, cuando el hablante quiere distinguir el sexo de los animales, emplea simplemente los adjetivos ‘macho’ y ‘hembra’ (Senft 1986: 76). La animancia representa también un papel semántica y morfológicamente relevante, por ejemplo, en las lenguas atabascanas (Palmer 2000: 94), como el apache (Palmer 2000: 264s) o también en el algonquino yuroque (*Yurok*, Palmer 2000: 120). En las lenguas sudanesas, según BATISTA (1962b: 188) «tampoco hay géneros» y «o bien la misma palabra se aplica indistintamente a personas de diferente sexo (*isha* ‘hermano o hermana joven’); o las palabras que indican ‘macho’ y ‘hembra’ se colocan antes o después de las palabras que se quieren distinguir (*china-nu* ‘buey’, *china-yo* ‘vaca’); o bien se usa palabras totalmente opuestas» y, también según BATISTA (1962b: 189), en algunas lenguas camíticas «el género gramatical no se refiere al sexo, sino al tamaño o la importancia del objeto» y, en general, tal «como en la lengua masai, aquello que es grande o fuerte es masculino, y lo que es débil o pequeño, femenino» (*ibidem* 292). Parecidamente «el género en arahuaco, más que el sexo, marca como masculino lo más importante» (Tovar 1997: 301: 10) y «por ejemplo, una persona indeterminada, hombre o mujer, lo mismo da, lleva la característica femenina» (*ibidem* 340 n9). En aquellas lenguas de culturas preagropecuarias o al menos hipotecnológicas que no presentan distinción sexual morfológica, cuando tal discriminación resulta perentoria, es a veces, por tanto, reemplazada por una distinción de tamaño del tipo ‘grande’ frente a ‘pequeño’ (Batista 1962b: 232).

Por otra parte, una tendencia a la clasificación sexual es evidente en culturas agropecuarias y consecuentemente en sus lenguas, ya que para los ganaderos la distinción sexual es esencial. En el supuesto de un datación neolítica (o, aun muchísimo peor, calcolítica) para el indoeuropeo, resultaría bastante difícil de entender que una cultura agropecuaria no dispusiera de palabras individuales para, por ejemplo, ‘toro’ y ‘vaca’, sin embargo, esa es precisamente la situación indoeuropea, como fuera

advertido hace tiempo, así ya ERNOUT y MEILLET (1979: 724 s. *uerrēs*) señalaban: «les noms d'animaux domestiques indo-européens que représentent lat. *bōs, ouis, sūs*, etc., étaient indifférents au sexe». De hecho todavía en muchas lenguas indoeuropeas históricas sólo se presenta una forma epicénica (pero animada) para los bóvidos (domésticos), como notoriamente sería el caso del latín *bōs, bouis*. La eventual lexicalización autónoma de los individuos macho y hembra de la especie es ya asunto de las respectivas lenguas indoeuropeas individuales, como vemos, por ejemplo, en la forma latina *uacca* 'vaca'. Podrían citarse otros casos similares, así, fuere cual fuere la distinción indoeuropea entre los púrcidos **sus* y **park-*, esta distinción no concernía, desde luego, al sexo; verbigracia, la forma latina *uerrēs* 'verraco – cerdo macho' es ya un desarrollo propio de esta lengua. En suma, aunque ello sería totalmente esperable para una cultura agropecuaria de base, ni siquiera un léxico ganadero con las más básicas nociones de tal actividad debió de haberse dado en el indoeuropeo, ya que, en caso contrario, no se explicaría por qué todas las lenguas indoeuropeas lo habrían perdido y habrían preferido innovar cada una a su manera.

Del espacio a la relatividad

Según la Lingüística Indoeuropea clásica la lengua común disponía de un riquísimo sistema de demostrativos, el cual tendió diacrónicamente a simplificarse. Históricamente, de facto, en muchos casos somos testigos de tal simplificación. Por seguir nuestra ilustración con una lengua bien conocida y estudiada como el latín, diremos que tanto en el decurso de esta lengua como en sus tortuosos y turbidos tránsitos a las lenguas románicas podemos observar la tendencia a eliminar formas demostrativas o a reciclarlas para otros funciones. Parece, por ejemplo, evidente que formas como las latinas *nam* 'pues', *nem-pe* 'ciertamente', *num* 'acaso – ahora' (cf. *nunc* 'ahora), o también *tam* 'tan', *tum* 'entonces' proceden de antiguas raíces demostrativas. Como ejemplo de demostrativos recicladas baste citar el tan notorio caso del antiguo demostrativo latino *ille* 'aquel', el cual terminó funcionando como artículo en la mayoría de las lenguas románicas. De hecho, la extraordinaria capacidad de los demostrativos para morfologizarse en muy variadas categorías —o *poligramaticalización*, como, siguiendo a C.G. CRAIG, la llama DIESSEL (1999: 19)— es una de sus principales características.

Ahora bien, muy ricos y complejos sistemas demostrativos son típicos para las lenguas de culturas de caza y recolección, pues el demostrativo es probablemente la más básica señal espacial en las lenguas, y el espacio es aspecto céntrico en las actividades de cazadores y recolectrices, ya que la pericia para localizar con precisión una presa o una fruta es literalmente vital para ellos. De facto «detailed systems of evidentiality tend to be found only among non-industrialised people» (Dixon 1997: 120) y la evidencialidad puede considerarse un desarrollo extremo de la demostratividad. Por ejemplo, algunas lenguas (del grupo tucanoano y aragüaco) en la cuenca fluvial del Vaupés, entre Brasil y Colombia, presentarían un sistema con cinco opciones evidenciales: visual, no visual, manifiesto, referido y supuesto, según DIXON (1997: 120). La posibilidad de ver una relación natural entre evidencialidad (al respecto Dixon 1997: 119–21; Moreno 2000: 219s; Palmer 2000: 237s) y comunidades de cazadores–recolectrices resulta muy atractiva (*vide* también Perkins 2000: 351–2 para

una breve referencia, con algunos datos, sobre la relación entre elaboración dística y complejidad cultural). Además, tales sistemas demostrativos suelen estar —lógicamente— adaptados a su entorno. Anota PALMER (2000: 177): «La lenguas habladas por cazadores–recolectores que viven en entornos abiertos es más probable que contengan formas gramaticales adecuadas para clasificar objetos a distancia. Así, el esquimal tiene un “estilo distal de clasificación” con una clase extensa que se aplica sólo a objetos grandes [...] Los clasificadores de los cazadores–recolectores toba de los amplios espacios del Chaco argentino son similares. Los clasificadores de lenguas habladas por los cazadores–recolectores que habitan en entornos boscosos es más probable que muestren un “estilo proximal” de clasificación» (y parecidamente *ibidem* 37).

Cazadores y recolectrices proyectan sus principales actividades en el espacio y las conceptualizan como algo espacial, mientras que para los agricultores (y ganaderos) el tiempo (y el clima) es también un aspecto literalmente vital. Todas las cuestiones, pues, concernientes al espacio y a la apariencia —incluyendo elementos como la percepción (sobre todo la visual), la forma y el tamaño— son de suma importancia en la culturas hipotecnológicas o no industrializadas, y, por ende y por antonomasia, en las culturas de caza y recolección.

En lo tocante a la forma, citemos ejemplos como los señalados por BERNÁRDEZ (1999: 142), según el cual entre los bosquimanos el chasquido labial /ɔ/ suele asociarse a un conjunto de cosas compactas, el dental /l/ a lo largo y flexible, el alveolar /l/ a cosas abombadas, el lateral /ll/ a algo alargado, y el palatal /ʃ/ a algo espeso. En indonesio hay más de medio centenar de clasificadores basados en la percepción visual y en muchos de ellos es aún clara la referencia a la forma externa de los objetos: finos, redondos, cilíndricos... (Bernárdez 1999: 205). En quilivila todos los nombres se clasifican según específicas propiedades perceptuales, las cuales en su mayoría tienen que ver con la forma (Senft 1986: 43 y 68). También el apache añade clasificadores a los verbos para indicar si se refiere a objetos largos y rígidos, planos y flexibles, masas espesas... etc. (Bernárdez 1999: 205). Los navajos se sirven de prefijos clasificadores, sobre todo con verbos de movimiento, indicativos, además de otras varias distinciones, de si lo que se mueve es redondo y grave, blando o duro, pequeño y sólido (Bernárdez 1999: 352). Para nuestro ‘comer’, por ejemplo, en navajo, aparte de una forma general (o quizá más precisamente para ‘comer algo indeterminado’), encontraríamos 7 formas equivalentes dependiendo sobre todo de la apariencia y tacto de lo comido, de si es cárnico, duro, foliáceo, líquido, pulposo, redondo o variado (Moreno 2000: 107).

En lo concerniente al tamaño, digamos que el más básico de los procedimientos para discriminar tamaño parece ser el recurso al diminutivo. Como hemos expuesto en otro lugar, en la lengua común indoeuropea no faltarían indicios para reconocer antiguos diminutivos en el origen de un buen número de formas de los temas en *-i-*, e incluso también en los temas en *-u-*. Para los bosquimanos dui (*G/wi*) la «falta de distinción entre los vástagos de hombres, animales y plantas refleja, probablemente, la preocupación del cazador–recolector por el tamaño como determinante de valor económico. A diferencia del pastor, a quien interesa la madurez física y la capacidad productora de sus animales, el cazador puede equiparar la juventud con la pequeñez

en lo que concierne al contenido del alimento» (Silberbauer 1983: 159), entre los mismos duis, por ejemplo, la forma para referirse a la noche propiamente dicha es 'gran noche' (Silberbauer 1983: 142).

Asimismo para una mentalidad básicamente espacial 'ver' equivale prácticamente a 'saber – conocer – entender', y esta situación es precisamente la que *aún* mostrarían muchas lenguas indoeuropeas, en las cuales es bien visible la relación morfológica entre 'ver' y 'saber'; así 'sé' es literalmente y etimológicamente 'tengo visto' en armenio *gitem*, gótico *wait*, griego [F]οῖδα o sánscrito *véda* (cf. aun la proximidad etimológica entre 'ver' y 'saber' en lenguas como latín *uidēre* 'ver' o alemán *wissen* 'saber'). Parecidamente, si la isoglosa del indoeuropeo con el protocartvélico (**gen-*, **gn-* 'entender – oír') propuesta por DIAKONOFF (1990: 61) es correcta, entonces la raíz indoeuropea **gan-* (armenio *caneay* 'he conocido', ant. eslavo *znati* 'conocer', gótico *kann* 'sé', griego *γινώσκω* 'conozco', latín *gnōscō* 'conozco', lituano *žinóti* 'conocer', sánscrito *jānāti* 'conoce'...), antes de significar 'conocer – saber', habría originariamente significado 'oír – sentir – percibir'.

Del aspecto al tiempo

El tiempo es oro en la sociedades de agricultores y, al decir de HERNANDO (1999: 48), «la decisión de almacenar significa, en sí misma, un cambio en la ideología, que transforma [...] la actitud hacia el tiempo»; con la *revolución* neolítica «El espacio ha comenzado a desacralizarse, condición para poder alterar su orden, y puede contemplarse la continuidad en el tiempo, con lo que ello significa de proyección al futuro y de precedencia de un pasado. Se ha iniciado la percepción lineal del tiempo» (*ibidem* 284). El tiempo es vital en muchas actividades agropecuarias (siembra, germinación, floración, recolección; apareamiento, gestación, parto, crianza...).

En cambio, el tiempo conforma una idea muy distinta para la mentalidad del cazador y —bien podría decirse— bastante más breve: «Si no aquí y ahora, ¿qué importa entonces dónde y cuándo?» dicen los pigmeos (Cavalli & Cavalli 1999: 21). Un buen número de lenguas de cultura primitiva —básicamente preagropecuarias, si se quiere— usan indicaciones léxicas (y no morfológicas) para el tiempo. Los bosquimanos *duis* (*G/wi*), por ejemplo, emplean una gran cantidad de adverbios temporales en vez de tiempos verbales (Silberbauer 1983: 159) y muestran una relativa indiferencia a tiempos muy distantes del presente (Silberbauer 1983: 165). La lengua bosquimana tejuna (*!Xū*) no dispone de marca gramatical para tiempo o aspecto, aunque sí dispone —y hace uso— de adverbios temporales o aspectuales como 'finalmente', 'hace mucho tiempo', 'ahora', 'entonces' o 'ayer' (Dixon 1997: 119). El verbo navajo no dispone de tiempo morfológico, pero sí de un considerable número de marcas para modos y aspectos (Bernárdez 1999: 351s). En aimara la expresión del tiempo es tan secundaria que un suceso pasado mas no visto puede ser expresado de la misma forma que un suceso futuro (Bernárdez 1999: 308) ¡Preciosa lógica!

Parece que en las comunidades hipotecnológicas (inclusas, pues, todas las de caza y recolección) el aspecto verbal es un elemento gramatical bastante más común —y frecuentemente más complejo— que el tiempo verbal. Por acudir a un tópico: el

verbo navajo, por ejemplo, distinguiría morfológicamente al menos una docena de aspectos: conativo, continuativo, distributivo, diversativo, durativo, momentáneo, repetitivo, reversivo, semelfactivo, semeliterativo, serial y transicional (Moreno 2000: 108 n5). El aspecto es, en esencia, espacio y ya hemos comentado la extraordinaria importancia de esta noción para el cazador. En consecuencia, ver una relación entre las sociedades agrícolas y [más] tiempo verbal es, *a priori*, una hipótesis muy atractiva.

Por otra parte, está bien establecido que el indoeuropeo disponía de un sistema verbal donde el aspecto (y no el tiempo) era lo morfológicamente relevante. En toda apariencia el tiempo verbal es una adquisición reciente en las lenguas indoeuropeas. Históricamente presenciamos el casi sincrónico surgimiento del tiempo verbal y la decadencia del aspecto verbal en lenguas como el latín, mientras que el tiempo es (todavía) un elemento secundario o subordinado al aspecto verbal en lenguas como, por ejemplo, la mayoría de las eslavas. Una explicación sencilla de este cambio morfológico consistiría en relacionarlo con el cambio a una economía agrícola, teniendo en cuenta además que el aspecto —básicamente la diferencia en el verbo entre lo determinado y lo sin determinar (Leiss 2000)— por su mayor concreción espacial es de mayor interés para las actividades de caza y recolección, y ello tanto más cuanto la metamorfologización del aspecto en el tiempo es un morfotipo bien documentado. Valgan aquí las palabras de DIESEL (1999: 31s): «Time is an abstract concept that is often metaphorically structured in spatial terms [...] Mapping spatial expressions onto the temporal dimension provides a common historical source for the development of temporal markers. Since temporal expressions are semantically more abstract and subjective than locational terms, it is commonly assumed that the development of temporal markers from spatial expressions is an instance of grammaticalization». Adicionalmente se notará que el indoeuropeo «n’a pas d’adverbe commun pour ‘demain’» (Ernout & Meillet 1979: 292 *s. heri*), lo que constituiría ciertamente una mal explicable *laguna* léxica en una lengua de agricultores.

Instancias léxicas

Puesto que el léxico es el nivel lingüístico con mayor número de unidades, no puede sorprender que sea aquí donde se disponga de mayor número de posibles argumentos, máxime teniendo en cuenta que —si aceptada una datación paleolítica— el enorme tiempo transcurrido ha debido propiciar además una morfología más mudable y, por tanto, menos recuperable. Resulta también que «the root is the most stable part of the word» (Mańczak 1994: 38), y que «With the exception of a few suffixes, inherited from the Common IE morphology, suffixation has been developed by each IE group in an independent way» (Alinei 2000b: 43). El hecho es que el estudio del significado de las raíces apoya también la idea de que el indoeuropeo común es mucho más antiguo de lo tradicionalmente supuesto. Además, ese indoeuropeo habría sido involuntariamente rejuvenecido por el hecho de que para el establecimiento de *parentescos* los lingüistas seguidores del método de la Gramática Histórica Comparativa daban prioridad a los elementos morfológicos, no a los léxicos, aunque quizá «it is vocabulary rather than grammar that decides upon the affinity between languages» (Mańczak 1999: 129).

Puesto que ALINEI en sus dos libros (1996, 2000a) y en otras contribuciones (2000b, 2001) ha mostrado de manera brillante y convincente cómo el significado original de muchas raíces indoeuropeas puede remontarse sin grandes dificultades a la cultura paleolítica, algo que también han hecho otros autores, como ANTILA (1997: 1–8) con *aǵ-, *g^when- o *wen-, aquí sólo intentaremos comentar o sistematizar alguna de las propuestas de ALINEI y eventualmente agregar unos pocos posibles ejemplos.

Sospechosas ausencias léxicas

Por razones de economía, comenzaremos desde una perspectiva opuesta a la empleada por ALINEI, en concreto, intentando mostrar que tanto los términos presentes como los ausentes en el léxico indoeuropeo común podrían recibir buena explicación si suponemos una datación paleolítica para la fase de comunidad lingüística, esto es, algunas ausencias léxicas en el indoeuropeo serían tan significativas como algunas presencias.

En efecto, suponiendo que el léxico indoeuropeo hubiese quedado conformado en época neolítica, esperaríamos obligatoriamente un buen número de raíces o palabras referentes a aspectos céntricos de las culturas neolíticas. De modo que, en el marco de la teoría neolítica es necesaria una explicación para la ausencia de palabras indoeuropeas comunes referidas, en primer lugar, a básicas nociones de agricultura. Con todo, aun en este campo semántico de lo agrícola nos parecen menos relevantes las ausencias léxicas, por ser también estos casos los más susceptibles de recibir, junto con el invento técnico, la palabra correspondiente. De hecho, algunas de esas palabras comunes existen, pero como ALINEI (1996, 2000a) ha mostrado, muchas de ellas —si es que no todas ellas— pueden quedar bien explicadas como difusiones léxicas, un proceso comunísimo además precisamente para avances técnicos. De modo que aquellos casos donde sí tenemos una palabra común para nociones relacionadas con la agricultura, normalmente la palabra resulta bien explicable como tomada de otra lengua. «The handful of Neolithic terms shared by many Indo-European languages can be easily explained as loanwords, as they all designate major technical innovations such as the plough, the yoke, the wheel, domestic animals and plants, copper and the like, and thus are very susceptible of being imported» (Alinei 2000b: 23s).

Por supuesto, hay también palabras verdaderamente comunes y antiguas, esto es, paleolíticas, que deben de haber seguido su natural evolución semántica —tan habitualmente metonímica— en muchas lenguas. Algo así como, por ejemplo, el término común en España para diversas lenguas *coche*, *cotxe* ‘[un tipo de] vehículo [no motorizado]’ en el siglo XIX pasó, con el desarrollo de los medios de locomoción a significar ‘automóvil’ en el siglo XX, o como *nevera* ha seguido usándose con preferencia sobre *frigorífico* pese a que ya ni *nieve* ni hielo son requeridos para su funcionamiento. Parecidamente podrían citarse otros posibles ejemplos tan *perversos* como este: «‘Iron’ appears to reconstruct in proto-Austronesian, which is assumed to date several thousands years before the appearance of iron in archaeological horizons [...] In some cases, reconstructions can simply be mistaken, as when Africanist linguists reconstruct a term for ‘maize’, a New World crop. In the Austronesian case, however, a more interesting semantic shift is likely: the transference of the gloss from rare and

presumably highly valued meteoric iron to telluric iron» (Blench & Spriggs 1999, 23; cf. también Blust 1999: 136). En esos casos, la comparación semántica entre las diversas lenguas puede ser un buen indicio para reconocer las formas que se han metasemantizado. Por ejemplo, el originario —o, al menos, más antiguo— significado de la raíz indoeuropea **xar-* (en muchas lenguas ‘arar’) probablemente se mantuvo en hitita *ḥarš-* ‘desmenuzar la tierra’ (cf. Danka 1986: 286). Otra vez toda la obra de ALINEI está repleta de excelentes estudios sobre estas cuestiones realizados con criterios útiles y verificable metodología.

Más relevantes nos parecen las ausencias de palabras indoeuropeas comunes referidas al marco social que las economías basadas en la acumulación de alimentos inevitablemente comportan. La explicación más simple de esas lagunas léxicas para referentes tan básicos de las culturas neolíticas es esta: esas comunes raíces no existen porque la lengua ya no era común en la época en la cual esas culturas se materializaron. Veamos sólo algunos ejemplos, ya que numerosísimos otros podrían añadirse. Por ejemplo y entre los muchos de ALINEI (2000b: 41): «it is difficult to understand why the Common IE vocabulary would have a word for ‘dying’, but none for ‘burying’ [...] given the assumption that the *kurgan* was the typical burial of the Proto-Indoeuropeans». Muy significativa también podría ser la ausencia de una raíz común para una conquista tan característicamente neolítica como el ‘pan’ (Alinei 2000a: 854). La misma situación encontramos para referentes tan neolíticos como la cerámica (para trigo, cebada y otros cereales *vide* ZIMMER 1990: 318 con referencias). Veamos ahora singularmente algunas otras *ausencias* significativas.

– **‘tener’**: Los cazadores no poseen demasiadas cosas, entre otras razones, por la primordial razón de que la posesión de muchas, grandes o pesadas cosas sería poco práctico. Por el contrario, la propiedad es un aspecto céntrico en las sociedades agropecuarias. Individualmente los cazadores normalmente sólo poseen —o mejor— sólo *disponen de* unos pocos instrumentos, armas o utensilios de sólo fabricados por ellos mismos (Harris 1998: 452). Entre los cazadores el sentido de *propiedad* es diferente, limitado o fútil (Cavalli & Cavalli 1999: 34). Así, algunas tribus siberianas distinguían propiedades individuales, familiares y tribales, siendo el bosque, el pasto y el territorio de caza pertenecían a la tribu (Del Castillo 1962: 162). Desde la perspectiva neolítica (y, aun peor, desde la calcolítica) resulta muy difícil explicar por qué el indoeuropeo común en toda apariencia no disponía de una forma léxica específica para ‘tener – poseer’, un concepto tan importante para las sociedades postvenatorias, especialmente las sociedades agropecuarias y sobre todo las guerreras. Ahora bien, esa misma ausencia la encontramos en otros muchos supergrupos lingüísticos, lo que —se notará— es una razón adicional para suponer que el gran reparto del *pastel* de lenguas se hizo, para todos o al menos para la mayoría de los supergrupos, en época paleolítica.

– **‘guerra’**: La guerra resulta una práctica muy común en las sociedades pastoriles o agrícolas y, al contrario, muy rara en las venatorias, al punto de que algunos autores la creen totalmente ausente en estas comunidades (Harris 1998: 464s), para las cuales, por otra parte, la densidad de población apenas podría generar más que ocasionales enfrentamientos entre grupúsculos. Además, la guerra es nada o apenas productiva para las sociedades venatorias. Así que, de haberse producido la fase de comunidad

lingüística indoeuropea en el Neolítico (o más aun en el Calcolítico) esperaríamos un término común para esta actividad y otras nociones asociadas, sin embargo, la voz para ‘guerra’ (o ‘batalla’) es totalmente distinta —*ergo* claramente independiente— en las lenguas indoeuropeas: griego (*πόλεμος*), ant. alto alemán (*urliugi*), irlandés (*cocad*), latín (*bellum*), lituano (*kovà*), sánscrito (*yúddh-*)...

– **Nombres parentales:** La ausencia de distinción en los términos de parentela para familiares como ‘tíos’ o ‘sobrinos’ es también una típica característica de las comunidades de cazadores (Harris 1998: 443s). Encontramos, por ejemplo, tal situación en muchos lugares de Melanesia: «En la Nueva Pomerania [...] Los hijos pertenecen por regla general al clan de la madre, hasta el punto de que en las Salomón las hijas se pueden casar con el padre [...] Se distinguen poco entre sí los ascendientes o personas mayores masculinos por un lado y los femeninos por otro, hasta el extremo de que las palabras *tama* y *na* significan lo mismo padre que tío, etc., y madre, tía, etc. respectivamente. Otro nombre común envuelve hermanos y primos de las diferentes categorías, y otro, los hijos, sobrinos, etc. (Nueva Mecklemburgo)» (Serra 1962: 412). En algunas de estas comunidades incluso el papel del padre en la procreación no es reconocido o es apenas reconocido, así, por ejemplo, en algunas tribus australianas (Gómez 1980: 288). Tal circunstancia resulta explicable porque, de facto, no hay una relación tan evidente entre actos tan distintos y separados en el tiempo como la voluntaria y placentera cópula de la pareja y, por otro lado, el forzado y doloroso parto individual (Alinei 1996: 55). Probablemente en consonancia con ello en la mayoría de las tribus totémicas de Australia y de Norteamérica la descendencia corresponde a la línea femenina (Frazer 1987: 104). Ahora bien, al menos en las sociedades cinegéticas actuales resulta también muy característica, junto con la exogamia, la residencia patrilocal (Moure & González 1995: 106), lo que propicia también la descendencia patrilineal y quizá, en última instancia, el tan común tabú yerno–suegra, que encontramos, por ejemplo, tan crudamente expuesto entre los juines de Nueva Gales del Sur —el yerno no puede tocar a la suegra ni con su sombra— o entre los indios norteamericanos del río Hunter —sólo so pena de muerte el yerno podía dirigir palabra a la suegra— (Batista 1962a: 49–50). Como resulta bien previsible, la asociación del engendramiento a la mujer en exclusiva revierte en una cierta tendencia a asociar la femineidad a aspectos espirituales o religiosos. También deviene así comprensible el que los niños pigmeos sean tratados como hijos comunes por toda la banda y, si quedan huérfanos, sean *ipso facto* adoptados por sus tíos como hijos, congruentemente con ello una pluralidad de educadores está bien documentada para los niños pigmeos (Harris 1998: 580), quienes utilizan regularmente los términos de ‘abuelo’ o ‘abuela’ para la generación de los *seniores*, los de ‘padre’ o ‘madre’ para referirse a todos los miembros de la generación de sus padres, y los de ‘hermano’ o ‘hermana’ para referirse a todos los miembros de su propia generación (Cavalli & Cavalli 1999: 20–1). Parecidamente entre los dui un varón utilizará el término de respeto ‘padrecito’ (*ba:/wama*) para el hermano real o putativo del padre y para el marido de la hermana de la madre (esto es, para el tío), y utilizará el término de respeto ‘madrecita’ para la hermana de la madre y para la esposa del hermano del padre (esto es, para la tía; Silberbauer 1983: 177). También los indios cuervos (*Crow*) americanos denominan a las hijas de la hermana del padre con el mismo término que a sus madres, y los omajas

(*Omaha*) emplean el mismo término para los hijos del hermano de la madre que para sus propios padres (Palmer 2000: 128).

Es clara la afinidad que ofrecen al respecto formas como la denominación latina *auunculus* literal o etimológicamente ‘abuelito’ para el tío materno, así que, si la utilización de la noción de tamaño como discriminativa en las relaciones parentales está, como vemos, bien documentada en las lenguas de los cazadores, tampoco faltarían ejemplos en las lenguas indoeuropeas (añádase, por ejemplo, el griego *τήθη* ‘abuela’ y *τηθίς, -ιδος* ‘tía’, es decir, probablemente ‘abuela pequeña – abuelita’). Evidentemente la situación presenta cierta analogía con la que podemos recuperar desde el griego *φράτηρ*, de la común raíz indoeuropea **bratar-* (armenio *elbair*, ant. eslavo eclesiástico *bratrъ*, gótico *brōþar*, ant. indio *bhrātā*, irlandés *brāthir*, latín *frāter*, lituano *brólis*, ant. pérsico *brātā*, tocario A *pracar*, tocario B *procer...*; por cierto, el ejemplo tocario resultaría además ilustrativo de los comunes procesos [á > ɔ] y [à > ε] que se dieron en diferentes grupos indoeuropeos), ya que la forma griega tiene —o conserva— el significado de ‘cofrade – miembro de una fraternidad’, siendo empleada la distinta voz *ἀδελφός* (cf. *δελφύς* ‘útero’) para ‘hermano [consagüíneo]’. Compárese también el testimonio latino con *frāter – germānus*, ya que, si bien la dicotomía ha podido ser estimulada por el modelo griego, el valor de ‘cofrade’ es antiguo, como se desprende de la institución de los *frātrēs Aruālēs*. ALINEI ha mostrado no sólo que en una lengua indoeuropea comparativamente tan bien conocida como el latín hay evidencias de que el sistema de términos epicenos es el más antiguo, sino además que en tales casos prevalece la asociación matrilineal, algo que sería perfectamente congruente para una sociedad de cazadores, pero que resulta absurdo en sociedades como las de los primeros ganaderos —sociedades estas especialmente machistas y proclives a la poligamia— y agricultores o sociedades aun más jerarquizadas y caracterizadas por la emergencia de conceptos como la herencia, y en las cuales aparecen enfatizadas precisamente las relaciones patrilineales; así ALINEI (1996: 635) ha bien mostrado que, por ejemplo, la forma latina *patruus* ‘tío paterno’ es más reciente (y efímera) que *auunculus* ‘tío materno’, de modo que *auus* ‘abuelo’ sería, por tanto, en su origen ‘abuelo materno’.

Significativas presencias léxicas

Pero además hay también significativas presencias léxicas. Así las lenguas indoeuropeas contienen con frecuencia palabras cuyo sentido se dejaría sin demasiados problemas remontar frecuentemente a las comunidades de cazadores y recolectrices, por tanto, a una época proneolítica.

– ‘**perro**’: Voz verdaderamente común en indoeuropeo para un animal es la de ‘perro’ y, *nota bene*, no la de ‘caballo’, cuyo protagonismo en el mundo indoeuropeo ha sido fantiosamente exagerado hasta distorsionar los datos históricos, pero ya con razón señalaban ZIMMER (1990: 317): «The first Indo–European warriors to appear on horseback were Greeks in the late 8th c. [...] Hunting on horseback occurs slightly earlier, but still in the first millenium BC. Before that period, horse riding is exceptional, and never occurs in fighting», o RENFREW (1998: 187): «claims for the early domestication of the horse have been exaggerated [...] horse riding for military purposes came to Europe only after the introduction of the horse and chariot, not long

before 1000 BC». Así para ‘perro’ tenemos formas cuales en armenio *šun*, frigio *kan*, gótico *hunds*, griego *κύων*, irlandés *con* (genit.), latín *canis* (genit.) o lituano *šunīs* (genit.), formas que se dejarían remontar a una raíz **kuan-*, raíz además común a otros supergrupos (Ruhlen 1994: 302s). Como es sabido, el perro es muy probablemente el primer animal domesticado, documentándose ello al menos ya en el 6.000 a.C. para Europa occidental (Burenhult 1995: 83). Incluso recientes estudios han propuesto una datación muchísimo más antigua —hace 135.000 años— para el empleo del perro por los humanos en sus cacerías (Cavazza 2001: 148). El perro es utilísimo para la caza y en Europa fue empleado para tal fin al menos ya desde finales del Paleolítico (Batista 1962a: 59); es, en consecuencia, el mejor amigo del cazador y, como tal, estimadísimo. Refiere DARWIN (1983: 70) que, cuando había escasez de alimento, los aborígenes de Tierra del Fuego antes preferían matar y comerse a las mujeres viejas que a sus perros, los cuales para ellos resultaban de más valor. También «The burial of dogs in Mesolithic cemeteries [...] indicates that these had been domesticated and were held in much esteem» (Mithen 1994: 107), «Dogs are likely to have been extremely valuable to the Mesolithic hunters [...] Certain dogs have been found buried individually and [...] positioned as if the dog had been a human» (Mithen 1994: 123). El perro era sobre todo muy útil para cazar en los bosques (Alinei 2000a: 51). El empleo de perros está bien documentado asimismo entre los aborígenes australianos, papúas, pigmeos o vedas de Ceilán.

– **Hidronimia:** Como vimos, si cazadores y recolectrices poseen algún concepto de propiedad, este es típicamente un concepto de propiedad colectiva, pues la mayoría de los cazadores *poseen* un territorio de caza, el cual además no están dispuestos a compartir con otras bandas. Así, la cuenca del río Murray con una longitud de 640 kilómetros era *propiedad* de los güirraylluries (*Wirraidyuri*), una tribu australiana (Serra 1962: 437). En los territorios con un buen número de ríos —como, verbigracia, Europa— las cuencas fluviales constituyen *naturales* territorios de caza. Los ríos son de capital importancia para los cazadores por muchas y con frecuencia obvias razones—ventajas, tales cuales la facilidad que ofrecen para encontrar buenos y seguros lugares de abrigo, la facilidad para obtener agua potable o para cazar animales que acuden al río a beber o a morir, pues «The large numbers of prey in these mid-latitude grasslands would ensure a supply scattered over the landscape, but concentrated along rivers and around lakes since it is here that most mortalities occur» (Gamble 1994: 38). Otra ventaja de las cuencas fluviales, sobre todo en zonas montañosas, es que pueden ser utilizadas a modo de *autopistas* para los desplazamientos de hombres y mercancías. En Australia, donde el agua falta o escasea en muchos lugares, los aborígenes buscan regularmente su proximidad (Tacon 1994: 55) y cerca de algunos ríos o lagos han sido descubiertos restos de ocupación humana durante los últimos 35.000 años (Roberts 1994: 50), de modo que los nativos australianos seguían regularmente las rutas de los humedales, en cuya proximidad solían acampar (Serra 1962: 434, 444). En la fluvial Europa, la importancia de los ríos era más mucho más evidente. Por ejemplo, el Danubio constituía ya una importante ruta de comunicación para el sur de Alemania durante el Paleolítico Superior (Ramos 1999: 242). De facto, sabemos que durante el Paleolítico Superior los europeos solían vivir en las inmediaciones de los ríos. Esta situación es, por otra parte, significativamente congruente con la presencia de una vasta red de hidrónimos de clara adscripción indoeuropea (contra la pretensión por

algunos de relacionar esa hidronimia con el vascuence *uide* la sólida refutación de Lakarra 1996: 1–70), aunque no asignables a ningún grupo lingüístico concreto, como ya consiguiera determinar KRAHE (1962, 1964), el primer estudioso que afrontó seriamente la cuestión (un más reciente *riassunto* del tema puede verse en Schmid 1997).

Ahora bien, la Europa de época glacial fue un continente inhabitable (y de hecho inhabitado) en una buena parte. La deglaciación comportó importantes alteraciones del clima y, en consecuencia, del ecosistema. El período más cálido comenzó hacia el 6.000 a.C., entonces la temperatura era unos grados superior a la media moderna, y había gran cantidad de caza y pesca (Burenhult 1995: 84), una buena razón, por tanto, para dirigirse hacia el norte, un norte no tan gélido en aquellos días. La hipótesis más simple consiste, pues, en suponer que aquellas gentes, entendiéndose en hablas todavía indoeuropeas y dirigiéndose hacia el norte, fueron los que dieron nombre —y en muchos casos por primera vez— a los ríos. La situación es también congruente con el conocido hecho de que normalmente los hidrónimos, especialmente los potamónimos, representan una capa lingüística antiquísima. Por otra parte y retomando nuestras anteriores referencias fonológicas, se nos permitirá observar que esa antigua hidronimia presenta algunos elementos fónicos que apenas son compatibles con la lengua tradicionalmente reconstruida, como, por ejemplo, la ubicua presencia de la vocal /a/. Según nuestra opinión (aquí también claramente darwinista), en principio cuanto más lejos nos remontamos en el tiempo, más sencillo será el sistema fonológico. DÉCSY (1999: 129): «The principle of the evolutionary theory is: the older, the simpler». Este, por supuesto, es criterio válido para cualquier reconstrucción lingüística incluyendo notoriamente el nostrático *clásico*, donde algunos suelen incurrir en los mismos errores que los tradicionales laringalistas del indoeuropeo, una circunstancia que no puede sorprender, pues metodológicamente muchos aún cometen el error de ver los «Indo-European studies as the pilot discipline in the field of linguistics» (Voigt 1999: 315), especialmente en lo concerniente a la reconstrucción lingüística. En fin, la hidronimia paleoeuropea presenta en toda apariencia un sistema fonemático bastante simple, con tres fonemas vocálicos /a i u/ y el bastante común conjunto consonántico: /p b t d k g s m n l r/. El indoeuropeísmo de tales hidrónimos estaría además, nos parece, garantizado por una fonotaxis típicamente indoeuropea (e insólita para otras lenguas anindoeuropeas del continente) como la secuencia *-nt-* o las desinencias *-ia* (y *-a*) y aun *-ntia*.

– **Tabú:** El tabú lingüístico es también otra característica típica de las comunidades de cazadores. Interdicción lingüística encontramos también en las sociedades agropecuarias, pero a menudo con grandes diferencias en su motivación y, por tanto, en sus concretas manifestaciones. Algunos ejemplos bien conocidos son la prohibición judaica de pronunciar el verdadero nombre de Dios o, para los romanos, la de revelar el nombre secreto de Roma. Las sociedades agropecuarias normalmente disponen de menos interdicciones lingüísticas pero son mucho más severas, contingencia que requiere de una buena y compleja organización para ese severamente punir al infractor. El tabú lingüístico sobre animales de caza es, en cambio y naturalmente, típico de las comunidades de cazadores (Jakobson & Waugh 1980: 254). El tabú venatorio parece debido principalmente a la primitiva creencia de que los animales

entienden el lenguaje humano (Zelenin 1988: 189, 193, 194s) o incluso pueden hablarlo (Zelenin 1988: 197), de modo que pueden escapar del cazador o atacarlo por sorpresa si saben de sus intenciones. Gracias a ALINEI, como editor de *Quaderni di Semantica* y promotor de la traducción y publicación de sus obras, el importante trabajo de ZELEININ (1988, 1989) sobre los tabúes cinegéticos fue en época moderna conocido en Europa occidental resultando entonces patentes las similitudes entre los tabúes lingüísticos históricamente documentados (y muchos aún en uso) de Eurasia y los tabúes lingüísticos —especialmente los de animales— que se dejan reconstruir para los nombres de algunos animales indoeuropeos. Es otro mérito de ALINEI (1996, 2000a) haber además mostrado cómo los tabúes de este tipo en las lenguas indoeuropeas pueden muy bien tener sus raíces en una mentalidad paleolítica. En las comunidades de caza y recolección la gama de tabúes es muy amplia, de modo que puede afectar a un alto número de voces, por ello los procedimientos tabuísticos no son siempre tan drásticos como el total cambio de la secuencia fónica (usualmente epítetos) sino que en algunos casos una simple metátesis puede bastar, por ejemplo, para evitar pronunciar en su exactitud el prohibido nombre. Mérito, pues, también de la Lingüística Indoeuropea clásica es haber reconocido la existencia de tantos tabúes en animales relacionados con la venación, aunque aparentemente nunca haya sabido explicarlos. La más profunda razón del tabú lingüístico acaso provenga de su relación con la práctica ideológica que denominamos *totemismo*, práctica muy frecuentemente asociada, de diferentes maneras y por diferentes motivos, con el mundo de la recolección y la caza. Sobre la razones del totemismo resulta muy interesante la observación de OTTE (1997: 75) «[The conceptual leap] also defines a different relationship between Man and Nature when he chooses animal defences (antler spearpoints); it also recovers the ‘right to the animal image’ by seizing its power through imitation of its form. This mutation is peculiar to the Eurasian steppes where a lack of wood during the Pleistocene led Man to use animal materials while profoundly transforming his metaphysical relationship with wild Nature».

En cualquier caso, el hecho es que en las diferentes lenguas indoeuropeas encontramos, por ejemplo, la existencia de epítetos u otras figuras en referencia a determinados animales, típicamente además esa referencia se produce para los mismos animales y con procedimientos análogos a los que encontramos en otras culturas de caza documentadas, como, por ejemplo, las tribus indias o los bosquimanos (Frazer 1987: 30s). Oso, comadreja, lobo son, sobre todo en Eurasia, típicos animales totémicos y también por ello propicios al tabú. Así, el nombre del lobo presenta patentemente esa condición totémica (reconocible, entre otras razones, por su tendencia a aparecer en antropónimos y etnónimos) en muchas lenguas indoeuropeas, lo que refrenda su, por lo demás bien reconocible, carácter tabuístico, y propicia que, en última instancia, no sea reconstruible una uniforme raíz común (*ǵ*ul|ri|lukuas?*), tal como se dejaría proponer a partir del griego *λύκος* y latino-italico *lupus* confrontados con ant. eslavo *vlъkъ*, ant. indio *vṛka-*, gótico *wulfs*, hitita *ulippan-*, lituano *vilkas*, y los antropónimos latino-italico *Ulpus* u osetio *Vārhäng*. Por cierto, la tradicional reconstrucción **wḷkwos* resulta en la práctica tan impronunciable que no hubiese requerido de tabú lingüístico alguno (!). También aun algunas otras divergencias léxicas en las lenguas indoeuropeas —como, verbigracia, el nombre para ‘[manante] sangre’ (gótico *blōþ*, griego *αἷμα*,

irlandés *fuil*, latín *sanguīs*, letón *asins*, sánscrito *ásyk*)— podrían ser igualmente explicadas como instancias de antiguos tabúes (Menges 1997: 234s).

A modo de conclusión

En última instancia, la bondad de una hipótesis radica en su capacidad para explicar más y mejor, para proyectarse como un modelo explicativo incluso sobre cuestiones otras que antes ni siquiera fueran planteadas. Parece que el paradigma paleolítico ofrece buenas respuestas —y a veces por primera vez respuestas— a cuestiones nunca antes explicadas y a veces ni siquiera formuladas por la Lingüística Indoeuropea. Un ejemplo de esto último podía ser la patente mayor eficacia del paradigma paleolítico para afrontar las cada vez más evidentes relaciones del conjunto indoeuropeo con otros supergrupos. BOMHARD (1998: 17): «it is no longer to hold to the view that Indo-European is a language isolate». Las ventajas aquí del paradigma paleolítico son evidentes, puesto que cuanto más remotos sean aquellos contactos lingüísticos en el espacio, más tiempo necesitaremos para ubicarlos. Estas relaciones constituyen una cuestión que ni siquiera resulta formulable, en cambio, desde los parámetros tradicionalistas, desde los cuales el indoeuropeo —máximo producto de la Lingüística Histórica Comparativa— no tiene, sin embargo, posibilidades de ser *comparado*, al sólo poder ser un producto prácticamente *histórico*, no pro-histórico.

He aquí otra razón por la que necesitamos mayor profundidad cronológica para la Lingüística Indoeuropea, más tiempo para explicar las cosas de manera coherente, real y posible, más tiempo para dejar actuar a las verdaderas fuerzas que conforman los conjuntos lingüísticos y que no son, desde luego, ni la genética ni los árboles genealógicos, sino el contacto, la comunidad, la comunicación. Un moderno ejemplo, en forma y fondo, de las limitaciones que comporta la perspectiva del *árbol genealógico* tan consubstancial a la Lingüística Indoeuropea tradicional sería la breve pero significativa contribución de HAMP (1998: 13–5) a la cuestión nostrática. En el texto —repleto de expresiones tales «genetic descent and familial classification» (13), «we construct branching diagrams of the relation of whole languages» (14), «All languages or trees not so included in that tree fail to be shown as related within the family tree» (15), «It is illicit to claim a genetic relation for a language or tree where such a tree relation has not been shown» (15)— se afirma concluyentemente que «For a language, the only meaningful *age* is that of divergence» (14). A nosotros, en cambio, nos sigue pareciendo que lo único en verdad ilícito es no comprender que para establecer grupos lingüísticos lo verdaderamente significativo es la *convergencia* y no la *divergencia*, pues comunicarse —esto es, entender y hacerse entender— constituye la razón y esencia misma del habla (y no del árbol).

Y si además el indoeuropeo hoy reconstruible resulta una lengua perfectamente congruente para comunidades de cazadores y recolectoras, parece que nada se opone a plantear con ADAMS y OTTE (1999: 76) la posibilidad de que «hunter-gatherers may have been the vectors of the Indo-European languages».

Xaverio Ballester – Universidad de Valencia

Referencias

ADAMS & OTTE 1999 = J. ADAMS & M. OTTE, «Did Indo–European Languages Spread Before Farming?», *Current Anthropology* 40 (1999) 73–6.

ALINEI 1996 = M. ALINEI, *Origini delle lingue d'Europa. La Teoria della Continuità*, Bologna 1996.

ALINEI 2000a = M. ALINEI, *Origini delle lingue d'Europa. II Continuità dal Mesolitico all'età del Ferro nelle principali aree etnolinguistiche*, Bologna 2000.

ALINEI 2000b = M. ALINEI, «An Alternative Model for the Origins of European Peoples and Languages: The Continuity Theory», *Quaderni di Semantica* 21 (2000) 21–50.

ALINEI 2001 = M. ALINEI, «Conseguenze delle nuove teorie indoeuropeistiche sulla dialettologia romanza», *Estudis Romànics* 23 (2001) 7–47.

ANTTILA 1997 = R. ANTTILA, «Beating a Goddess out of the Bush?», *Indo–European, Nostratic, and Beyond: Festschrift for V.V. Shevoroskin*, Washington 1997, 1–8.

BATISTA 1962a = J.M. BATISTA Y ROCA, «La cultura de los pueblos primitivos actuales», P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona 1962, I 32–79.

BATISTA 1962b = J.M. BATISTA Y ROCA, «Los pueblos de África», P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona 1962, II 162–309.

BERNÁRDEZ 1999 = E. BERNÁRDEZ, *¿Qué son las lenguas?*, Madrid 1999.

BLENCH & SPRIGGS 1999 = R. BLENCH & M. SPRIGGS, «Introducing the papers», R. Blench & M. Spriggs edd., *Archaeology and Language III. Artefacts, languages and texts*, Londres–N. York 1999, 21–8.

BLOOMFIELD 1933 = L. BLOOMFIELD, *Language*, N. York 1933.

BLUST 1999 = R. BLUST, «Linguistics versus archaeology», R. Blench & M. Spriggs edd., *Archaeology and Language III. Artefacts, languages and texts*, Londres–N. York 1999, 127–43.

BOMHARD 1998 = A.R. BOMHARD, «Nostratic, Eurasiatic, and Indo–European», J.C. Salmons & B.D. Joseph edd., *Nostratic. Sifting the Evidence*, Amsterdam/Filadelfia 1998, 17–49.

BURENHULT 1995 = G. BURENHULT, «Por Qué Algunos Pueblos no se Hicieron Agricultores. Una panorámica global», G. Burenhult ed., *Pueblos de la Edad de Piedra. Exploradores y agricultores de Asia, América y el Pacífico*, trad. F. Chueca, Madrid 1995, 81–9.

CAVALLI & CAVALLI 1999 = F. CAVALLI-SFORZA & L. CAVALLI-SFORZA, *¿Quiénes somos? Historia de la diversidad humana*, trad. J. Vivanco, Barcelona 1999.

CAVAZZA 2001 = F. CAVAZZA, *Lezioni di indoeuropeistica con particolare riguardo alle lingue classiche (sánscrito, greco, latino, gotico) I*, Pisa 2001.

CHILDS 1995 = G.T. CHILDS, *A Grammar of Kisi. A Southern Atlantic Language*, Berlín-N. York 1995.

DANKA 1986 = I.R. DANKA, «Języki anatolijskie», *Języki indoeuropejskie*, Varsovia 1986, 275–339.

DARWIN 1983 = CH. DARWIN, *El Origen de las Especies*, introd. R.E. Leakey, trad. J. Ros, Barcelona 1983.

DÉCSY 1999 = G. DÉCSY, «Beyond Nostratic in time and space», C. Renfrew & D. Nettle edd., *Nostratic: Examining a Linguistic Macrofamily*, Cambridge 1999, 127–35.

DEL CASTILLO 1962 = A. DEL CASTILLO YURRITA, «Los pueblos de Asia», P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona 1962^s, I 122–287.

DIAKONOFF 1990 = I.M. DIAKONOFF, «Language Contacts in the Caucasus and in the Near East», T.L. Markey & J.A.C. Grepin press., *When Worlds Collide: The Indo-European and the Pre-Indo-Europeans*, Ann Arbor 1990, 53–65.

DIESSEL 1999 = H. DIESSEL, «The morphosyntax of demonstratives in synchrony and diachrony», *Linguistic Typology* 3 (1999) 1–49.

DIXON 1997 = R.M.W. DIXON, *The rise and fall of languages*, Cambridge 1997.

ERNOUT & MEILLET 1979 = A. ERNOUT & A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París 1979⁴.

FRAZER 1987 = J.G. FRAZER, *El Totemismo*, trad. E. Cardahi, Madrid 1987.

GAMBLE 1994 = C. GAMBLE, «The Peopling of Europe 700,000–40,000 Years before the Present», *The Oxford Illustrated Prehistory of Europe*, Oxford-N. York 1994, 5–41.

GÓMEZ 1980 = J.M. GÓMEZ-TABANERA, *La Caza en la Prehistoria (Asturias, Cantabria, Euskal-Herría)*, Madrid 1980.

GÜLDEMANN & VOSSEN 2000 = T. GÜLDEMANN & R. VOSSEN, «Khoisan», B. Heine & D. Nurse edd., *African Languages. An Introduction*, Cambridge 2000, 98–122.

HAMP 1998 = E.P. HAMP, «Some Draft Principles for Classification», J.C. Salmons & B.D. Joseph edd., *Nostratic. Sifting the Evidence*, Amsterdam/Filadelfia 1998, 13–15.

HARRIS 1998 = M. HARRIS, *Introducción a la antropología general*, trad. J.O. Sánchez et al., Madrid 1998.

HERNANDO 1999 = A. HERNANDO, *Los primeros agricultores de la Península Ibérica. Una historiografía crítica del Neolítico*, Madrid 1999.

JAKOBSON & WAUGH 1980 = R. JAKOBSON & L. WAUGH, *La charpente phonique du langage*, trad. A. Kihm, París 1980.

KRAHE 1962 = H. KRAHE, *Die Struktur der alteuropäischen Hydronymie*, Wiesbaden 1962.

KRAHE 1964 = H. KRAHE, *Unsere ältesten Flußnamen*, Wiesbaden 1964.

LAKARRA 1996 = J.A. LAKARRA, «Sobre el Europeo Antiguo y la reconstrucción del Protovasco», *Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julián de Urquijo»* 30 (1996) 1–70.

LEISS 2000 = E. LEISS, *Artikel und Aspekt. Die grammatischen Muster von Definitheit*, Berlín–N. York 2000.

MAŃCZAK 1994 = W. MAŃCZAK, «The Original Homeland of the Indo–Europeans», *Lingua Posnaniensis* 36 (1994) 135–43.

MAŃCZAK 1999 = W. MAŃCZAK, «Lingwistyka a prehistoria», *Bulletin de la Société Polonaise de Linguistique* 55 (1999) 123–9.

MENGES 1997 = K.H. MENGES, «Etymological Problems with Words for ‘Blood’ in Nostratic and Beyond», *Indo–European, Nostratic, and Beyond: Festschrift for V.V. Shevoroskin*, Washington 1997, 233–42.

MITHEN 1994 = S.J. MITHEN, «The Mesolithic Age», *The Oxford Illustrated Prehistory of Europe*, Oxford–N. York 1994, 79–135.

MORENO 2000 = J.C. MORENO CABRERA, *La Dignidad e Igualdad de las Lenguas. Crítica de la Discriminación Lingüística*, Madrid 2000.

MOURE & GONZÁLEZ 1995 = A. MOURE ROMANILLO & M.R. GONZÁLEZ MORALES, *La Expansión de los Cazadores. Paleolítico Superior y Mesolítico en el Viejo Mundo*, Madrid 1995.

OTTE 1997 = M. OTTE, «The diffusion of modern languages in prehistoric Eurasia», R. Blench & M. Spriggs edd., *Archaeology and Language I. Theoretical and methodological orientations*, Londres–N. York 1997, 74–81.

PALMER 2000 = G.B. PALMER 2000, *Lingüística cultural*, trad. E. Bernárdez, Madrid 2000.

PERKINS 2000 = R.D. PERKINS, «The view from hologetic linguistics», *Linguistic Typology* 4–3 (2000) 350–3.

RAMOS 1999 = J. RAMOS MUÑOZ, *Europa Prehistórica. Cazadores y Recolectores*, Madrid 1999.

RENFREW 1998 = C. RENFREW, «The Origins of World Linguistic Diversity: An Archaeological Perspective», N.G. Jablonski & L.C. Aiello edd., *The Origin and Diversification of Language*, San Francisco 1998, 171–92.

ROBERTS 1994 = R.G. ROBERTS, «La Datación por Termoluminiscencia», G. Burenhult ed., *Más Allá de África. Las Primeras Migraciones*, trad. F. Chueca, Madrid 1994, 46–51.

ROSS 1999 = M. ROSS, recensión de J. Fisiak ed., *Linguistic Reconstruction and Typology*, y de F.W. Schwink, *Linguistic Typology, Universality and the Realism of Reconstruction*, en *Linguistic Typology* 3/1 (1999) 134–44.

RUHLEN 1994 = M. RUHLEN, *On the Origin of Languages. Studies in Linguistic Taxonomy*, Stanford 1994.

SENFY 1986 = G. SENFY, *Kilivila. The Language of the Trobriand Islanders*, Berlín–N. York–Amsterdam 1986.

SERRA 1962 = J. de C. SERRA–RAFOLS, «Los pueblos de Oceanía», P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona 1962, I 288–458.

SCHMIDT 1929 = W. SCHMIDT, *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, Heidelberg 1929.

SCHMID 1997 = W.P. SCHMID, «Idronimi antico-europei», *Res Balticae* 3 (1997) 89–102.

SILBERBAUER 1983 = G. SILBERBAUER, *Cazadores del desierto. Cazadores y habitat en el desierto de Kalahari*, trad. L. Porta, Barcelona 1983.

TACON 1994 = P. TACON, «El Arte de la Tierra», G. Burenhult ed., *Más Allá de África. Las Primeras Migraciones*, trad. F. Chueca, Madrid 1994, 52–9.

TOVAR 1997 = A. TOVAR, *Estudios de Tipología Lingüística*, Madrid 1997.

VOIGT 1999 = R. VOIGT, «On Semito-Hamitic comparison», C. Renfrew & D. Nettle edd., *Nostratic: Examining a Linguistic Macrofamily*, Cambridge 1999, 315–25.

ZELÉNIN 1988 = D.K. ZELÉNIN, «Tabù linguistici nelle popolazioni dell'Europa orientale e dell'Asia settentrionale. Tabù venatori e di altre attività», *Quaderni di Semantica* 9 (1988) 187–318.

ZELÉNIN 1989 = D.K. ZELÉNIN, «Tabù linguistici nelle popolazioni dell'Europa orientale e dell'Asia settentrionale. Tabù della vita domestica», *Quaderni di Semantica* 10 (1989) 123–276.

ZIMMER 1990 = S. ZIMMER, «The Investigation of Proto-Indo-European History: Methods, Problems, Limitations», T.L. Markey & J.A.C. Grepin press., *When Worlds Collide: The Indo-European and the Pre-Indo-Europeans*, Ann Arbor 1990, 311-44.